

NOTAS PARA UNA SOCIOLOGIA DE LAS CRISIS

JOSÉ MEDINA ECHAVARRÍA

I

LA interpretación de la Historia como un desarrollo evolutivo ha tenido consecuencias que trascienden de la pura doctrina filosófica en que fué formulada. Los grandes fundadores de la Sociología no hicieron sino tratar de mostrar empíricamente la exactitud de aquella idea, la misma que, penetrando, además, en el dominio de las ciencias sociales particulares, se manifiesta en una diversidad de doctrinas faseológicas. Los economistas precisan las fases del desarrollo económico, los etnólogos intentan dibujar las distintas etapas en el lento avance de los pueblos primitivos, lo mismo en su particular aspecto los historiadores del arte, etc. Naturalmente, también los sociólogos ensayan la demarcación de los distintos eslabones en la cadena sucesiva del desarrollo social. Característico en todos estos ensayos es la consideración de un determinado momento histórico como etapa o fase de un proceso único. La Historia en su conjunto, o la historia de una institución determinada aparece así, siguiendo una marcha lineal, progresiva, válida con ese carácter para todo el cuerpo histórico.

La atmósfera creada por esta interpretación filosófica y científica de la Historia es la dominante, como es sabido, en el siglo XIX, y llega hasta nuestros días, al menos, en lo que al hombre de cultura media se refiere. Pues no poco ha contribuído a alimentar en este último aquella actitud, la

EL TRIMESTRE ECONOMICO

sustitución o el intento de sustitución, en fecha bien reciente del clásico manual de Historia Política por las exposiciones de conjunto de la Historia de la Civilización. Y en cuanto a las masas, han sido iniciadas en esa visión del mundo por la propagación del marxismo vulgar.

En conjunto, todo ello ha contribuido a desviar la atención de una consideración concreta de la Historia, cuya enseñanza fundamental es la diversidad en el ritmo histórico de los grupos humanos y que el hombre no participa en la Historia como individuo miembro de la Humanidad, sino como elemento de un cuerpo de menor dimensión. El hombre no existe sino como miembro de un grupo y este grupo tiene una historia que le es peculiar. Preocupado ahora con el problema del desequilibrio social, no es posible una consideración general de las amplias cuestiones antes planteadas. Baste consignar que la visión lineal del proceso histórico es exacta siempre que se reduzca a uno de los aspectos del mismo: al desarrollo cumulativo de la ciencia, con sus supuestos y consecuencias. La técnica es la manifestación notoria de entre estas últimas y no poco ha contribuido su consideración a las teorías del Progreso. Ahora bien, el desarrollo cumulativo y fácilmente difundido por el haz de la tierra de la ciencia y la técnica, es incapaz por si solo de unificar el ritmo histórico de los distintos pueblos que forman el ámbito concreto en donde la Historia se hace.

Volvamos al hombre que sufre los desequilibrios y crisis de la Historia, subrayando con eso un punto de partida fácilmente olvidado en la ciencia social, pendiente con

exclusividad perniciosa de lo que en definitiva no son sino objetivaciones de la vida humana. Ya que, en efecto, el actual "culturalismo" olvida con excesiva frecuencia la relación entre Cultura y Persona, acentuando, quizá por necesidades de oficio, la relativa independencia de los objetos y procesos culturales. Pues bien, el hombre que padece en su propia carne los desequilibrios y las crisis sociales, sufre en cuanto partícipe en el destino de un grupo determinado, y en medida mucho menor, si es que existe, en cuanto partícipe de un destino universal. De tal modo que en su dolor individual apercibe la fragilidad de la teoría y la tremenda complejidad de la vida histórica.

La teoría de las crisis en su sentido general ha derivado en gran medida de la interpretación evolutiva de la Historia, considerándolas como producto de un movimiento único, cualquiera que éste sea, que penetra en su totalidad, y en dirección constante, el cuerpo de la Historia. En este sentido, predomina aquí la idea del tiempo, con olvido del espacio. El factor de desequilibrio se despliega en el tiempo, en un tiempo que se mide de igual manera para todos los hombres cualquiera que sea su localización especial. En consecuencia, las categorías construídas en el análisis de ese factor son válidas para aprehender la realidad en cualquier punto de la tierra. Dicho de otra forma, esas teorías constituyen una interpretación vertical del proceso histórico y son unidimensionales.

El "facto" de la diversidad en el ritmo histórico de los grupos humanos y el de su coexistencia en un momento determinado complica la explicación de los desequilibrios

sociales. No es posible entender el desequilibrio concreto que perturba la vida de un grupo con la sola ayuda de un supuesto factor universal. En él confluyen seguramente diversos factores, que implican la doble relación con el tiempo y el espacio. En consecuencia, la teoría, o mejor dicho, la interpretación de un desequilibrio concreto, ha de ser horizontal a más de vertical, o dicho en otra forma y en una sola palabra, ha de ser pluridimensional.

A la ocultación de estos hechos fácilmente observables no solamente ha contribuido la idea de evolución antes aludida, tan arraigada en nuestra cultura occidental, sino que también factores psicológicos, de segundo orden al parecer, y, sin embargo, de una considerable resonancia social. El primero es el hecho de que todo investigador social generaliza sobre los datos que le presenta el círculo concreto de una experiencia, y sufre la tendencia, inconscientemente muchas veces, o al menos así se desprende de su formulación, a exagerar el ámbito para el que son estrictamente válidas sus generalizaciones. Es decir, que lo que deriva de una exacta interpretación de un medio nacional, no puede elevarse sin más a ley general para un medio más amplio.

Y es el segundo, que viene a complementar en sus efectos al primero, la propensión de los pueblos obsesos por la idea de su situación rezagada, a admitir sin más cuanta manifestación cultural proviene de un supuesto pueblo director. Esta actitud de "papanatismo" individual y colectivo, vicia la percepción de que determinadas ideas o teorías son sólo válidas para los datos sobre los que han sido

construídas y que, por tanto, no rigen allí donde esos datos no se presentan o lo hacen con caracteres diferenciales o notas peculiares.

Claro que de igual manera que en la teoría general de la Historia, han despistado en la circunstancia concreta los ejemplos de la ciencia exacta y de la técnica. La posible asimilación sin perturbaciones de un teorema matemático, o el empleo generalizable de un aparato agrícola—aunque ya aquí comienzan las dificultades—, inclinan a creer igualmente generalizables, por ejemplo, una teoría sobre los salarios o un determinado principio político. Inútil añadir que este es un pecado de intelectual, del que está exento el hombre medio; cualidad sin embargo que debe serle alabada con mesura, pues propende a su exageración injustificada. *Cerrilismo* y *papanatismo* serían los términos vulgares susceptibles de ser elevados a categorías en la interpretación sociológica de este fenómeno, el cual queda aquí meramente enunciado, pues obligaría a una excursión por los terrenos intrincados de la Sociología del conocimiento.

En resumen, lo que se ha tratado de mostrar hasta ahora es que el hombre es un ser unido a su circunstancia, en el espacio y en el tiempo, que no puede ser dominada con instrumentos, mentales especialmente, originados en circunstancia distinta. Que la consecuencia de tan cómoda postura es el fracaso y el dolor, pues nada se consigue sin el esfuerzo adaptativo. Y que mientras subsista el hecho—imposible prever por cuánto tiempo—de que la circunstancia demarcada por la comunidad nacional es aquella

que más pesa en el destino del hombre, no es posible ninguna interpretación histórica—de la cual es simple fragmento una teoría de las crisis—sino en función del juego peculiar de los factores generales de una época con los factores singulares que imperan en un pueblo determinado y que bien le son internos, ya impuestos desde fuera por el mero hecho de su coexistencia con otros pueblos en grados distintos de desarrollo y cultura.

II

Dentro de la dirección evolutiva y lineal en la interpretación de la Historia, nos encontramos con diversas teorías sobre la crisis que interesa examinar brevemente. La mayor parte de ellas implican generalizaciones unilaterales de observaciones, que son en su detalle acertadas.

Por sobrado conocida basta con aludir, sin formularla, la doctrina marxista del desequilibrio económico como originado por el mecanismo mismo del sistema capitalista. No interesa ahora la exactitud de su contenido económico, sino, desde un punto de vista general, su valor explicativo en una teoría de las crisis históricas. Es evidente que con tal significación general se formula, ya que deriva sin dificultad de la importancia asignada al factor económico en la sociología de Marx. Importan dos observaciones. Primera, que esta teoría está concebida claramente en los carriles de una visión evolutiva de la Historia, y que acepta como factor explicativo una consecuencia del desarrollo cumulativo y racional de la ciencia. Sólo en la medida en que sea exacta la aceptación del llamado *proceso civiliza-*

torio—en la terminología de A. Weber—como único factor determinante del proceso histórico total, cabe convertir una interpretación económica, cualquiera que sea su validez, en una interpretación de la Historia y la cultura. Obsérvese que es cabalmente el olvido de ciertos factores emocionales y psicológicos, lo que ha causado al marxismo como doctrina y como acción tan serios reveses en estos últimos años.

La segunda observación no se refiere a la teoría de Marx, sino al marxismo. Aquella teoría proviene de un detallado y concienzudo análisis de las condiciones económicas y sociales de un momento preciso de la historia europea o, con más exactitud, de la historia inglesa. Los resultados de ese análisis sólo pueden persistir como válidos después de un transcurso de sesenta años, en el supuesto de que las condiciones examinadas permanezcan las mismas. Que esto no es así se desprende fácilmente del simple hecho de la vida, que es por naturaleza variación y cambio. Las variaciones que acaecen en ese lapso de tiempo nadie las ha indicado mejor que un marxista y hombre de ciencia inglés: Lancelot Hogben. Y apuntan fundamentalmente no sólo a un elemento racional producto del progreso de la técnica—la formación de una clase media de formación científica y con poderosos intereses que defender—, sino a lo que ahora más nos interesa: a los elementos emocionales, originados en la composición del cuerpo histórico por distintos grupos nacionales. Lo cual implica, suponiendo exacto el análisis de las condiciones económicas y sociales de la Inglaterra de 1850, que otro equi-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

valente y con igual minuciosidad tendría que haber sido hecho de las condiciones económicas, sociales y psicológicas de la Europa de 1929. Lo que con esto se indica tiene valor sociológico general, pues es nada menos que un factor de desequilibrio, como luego veremos, el hecho mismo de la persistencia de formulaciones ideológicas—sean progresivas o reaccionarias en su intención política—inadecuadas ya a la realidad que pretenden traducir.

Una observación complementaria, que abarca en general a toda teoría abstracta en las ciencias sociales, se refiere al hecho de que las categorías acuñadas por ellas son aceptadas con ingenua simplicidad como válidas para toda circunstancia posible. La tremenda abstracción encerrada en el término capitalismo se aplica, por ejemplo, en igual medida y pretendiendo deducir iguales consecuencias, a tan distintas estructuras económicas y políticas como pueden ser Inglaterra, Norteamérica, Grecia o Costa Rica. (Para evitar susceptibilidades de ciertas mentes, tradúzcase lo dicho sustituyendo el término capitalismo por el de fascismo.)

Dentro de un terreno más restringido, pues que ninguna pretende elevarse a clave de interpretación de las crisis históricas, convendría señalar las distintas teorías sobre las crisis económicas y más particularmente aquellas que hacen referencia a un desequilibrio de estructura. Desequilibrio entre el ahorro y el consumo, entre el ahorro y la inversión de capitales, entre los precios y la capacidad adquisitiva, por ejemplo. En todas ellas podríamos anotar su validez a corto término para una circunstancia deter-

NOTAS PARA UNA SÓCIOLOGIA DE LAS CRISIS

minada, pero ninguna de ellas agotaría la totalidad de las manifestaciones del desequilibrio histórico que sufren en el momento actual pueblos grandes y pequeños.

Abandonemos estas teorías verticales de carácter estructural para referirnos, someramente también, a otras que acentúan el aspecto cultural. Consideremos en primer lugar la teoría un poco simplista del *Cultural Lag*, cuya importancia radica en que domina casi por completo en el momento presente el pensamiento social norteamericano. Su esencia está en que convierte el desequilibrio de estructura, común a las citadas anteriormente, en un desequilibrio cultural: el existente en un momento dado, como este de nuestros días, entre la cultura material y la cultura espiritual. Su simplicidad estriba en suponer el mecanismo de ese desequilibrio de manera harto sencilla, pues implica la admisión de que en su crecimiento la cultura material antecede cronológicamente con gran distancia a la cultura espiritual. De lo que proviene que esta última esté “rezagada” con respecto a la primera. Y que en consecuencia se produzca un desajuste total en la cultura, es decir, en todas las manifestaciones de la vida del hombre. Véase una de sus más recientes y expresivas formulaciones, la de Roberto S. Lynd, en su último libro *Knowledge for What?*: “Mientras nuestra tecnología maquinista procede en su mayor parte de invenciones recientes, nuestra política social deriva en su retraso de la ley isabelina de beneficencia y de las leyes sobre huelgas de 1799; nuestra constitución procede del siglo XVIII, que desconocía la sociedad anónima; nuestras costumbres sexuales derivan de

EL TRIMESTRE ECONOMICO

una época que consideraba como pecado todo lo que al sexo se refiere; nuestros hábitos educativos arrancan de un tiempo en que el papel de la autoridad paterna consistía en domar como a un potrillo al niño de personalidad inquieta; y nuestras ideologías religiosas provienen de una era que creía en el castigo divino y en la inminente terminación de este vicioso mundo, antes de la segunda encarnación." He escogido esta fórmula, porque en ella queda subrayado claramente en su comienzo el aspecto tecnológico de la teoría. Y es ese aspecto el que nos permite ver su clara filiación, pues que la técnica procede de la ciencia, que es con sus supuestos, la interpretación racional del mundo y del yo y su conciencia, el único factor que se desarrolla en la Historia en forma progresiva e irreversible. Por eso esta teoría nacida en el medio peculiar de Estados Unidos, encierra, empero, un elemento de verdad susceptible de aplicarse, con extensión mayor o menor, a gran número de los países contemporáneos. Pero con la diferencia de que lo que allí fué un proceso autónomo, es decir, de desarrollo interno, es, en otros países, producto de contactos y presiones exteriores. Con lo que se apunta a un factor horizontal de desequilibrio que habrá de considerarse, entre otros, algo más tarde.

Los elementos contenidos en el mecanismo del *Cultural Lag* han sido tratados separadamente en teorías referidas particularmente a la técnica o a la ciencia. Tratamiento separado que facilita la distinción y análisis de los diversos factores que intervienen en el proceso histórico, y con ello una interpretación menos simplista del mismo.

NOTAS PARA UNA SOCIOLOGIA DE LAS CRISIS

El desequilibrio entre el desarrollo técnico y la organización social ha sido señalado, con mayor o menor precisión, por buen número de observadores de la vida contemporánea; desequilibrio que excede en sus efectos del terreno económico en donde primero han sido analizados en méritos de su palmario carácter—especialmente en sus dos aspectos más dramáticos, la desocupación y la destrucción de bienes de consumo—, ya que el daño moral y psicológico de aquéllos es lo verdaderamente grave. Y ante lo cual, la sencilla proposición de una moratoria en la aplicación de los nuevos inventos evade el fondo del problema. La suspensión total de los nuevos inventos técnicos es imposible, y la parcial implica una selección, es decir, una planificación tecnológica, que arrastra consigo la serie de las sucesivas planificaciones, económica, científica, cultural, etc., con lo que estamos muy lejos del aparente sencillo problema inicial.

Pero el desarrollo tecnológico no tiene lugar, excepto en escasa medida, sin el apoyo de la ciencia, con lo que se descubre otro factor de superior importancia y se plantea el problema hoy agudo de las relaciones de la ciencia y la sociedad, de cuya solución depende no sólo el *status*, sino la existencia misma de la ciencia. El desequilibrio entre la ciencia y sus efectos sociales, humanos, como factor de crisis, se manifiesta en los dos aspectos, positivo y negativo, de su utilización. El primero ha sido ya considerado en parte al tratar de la técnica, y se traduce en la paradoja de los resultados perniciosos de la aplicación de determinados descubrimientos científicos que son en

EL TRIMESTRE ECONOMICO

sí benéficos para el bienestar humano. La llamada frustración de la ciencia es en este sentido un problema de adaptación de la organización social y de las disposiciones biológicas y psicológicas del individuo a las posibilidades de vida extremadamente racionalistas creadas por la ciencia.

El segundo, quizá más trágico, es el de la fatal utilización, antisocial en definitiva, de la ciencia en el descubrimiento y empleo de medios destructores. Este aspecto pesa duramente, como es bien sabido, en el mundo contemporáneo. Ejemplo típico es el de la aviación, en donde las necesidades guerreras de velocidad y eficacia combati-va han predominado en el perfeccionamiento de los distintos tipos, sobre las necesidades de seguridad y comodidad de la aviación civil. Ese, por desgracia, sólo es un ejemplo entre la muchedumbre de los posibles. Pero el hecho de la utilización negativa de la ciencia al servicio de la guerra, nos manifiesta, más claramente que otro alguno, la colisión de los elementos racionales e irracionales de la sociedad, desapercibidos por la mayor parte de las interpretaciones de las crisis sociales.

Fruto de los efectos coincidentes de la ciencia, la técnica y la economía es el hecho de la reciente densidad de población, cuyo ritmo de crecimiento—en algunos países europeos y en Norteamérica en particular—en el pasado siglo y en los años iniciales del presente, no tienen precedente en la Historia. Los elementos de desequilibrio contenidos en ese fenómeno se manifiestan, precisamente, en ambos aspectos, vertical y horizontal, del proceso histó-

NOTAS PARA UNA SOCIOLOGIA DE LAS CRISIS

rico. El primero, que es el que en este punto nos interesa, es una mera consecuencia de la cantidad, un reflejo inevitable de la presión numérica. Los problemas del hombre-masa y del régimen de masa, traducen los aspectos cultural y estructural de ese fenómeno. Sabido es que el primero ha sido analizado agudamente por Ortega y Gasset, en un libro generalmente mal interpretado porque la perturbación emocional de nuestros días ha nublado la percepción del dato sociológico básico sobre el que está construido. El hombre-masa es simplemente la consecuencia en el terreno de la cultura del vertiginoso crecimiento de la población en la última centuria. Por otra parte, la necesidad de adaptar la organización social, política y económica a la tremenda variación estructural producida por ese fenómeno, es la cuestión ineludible que presenta la sociedad contemporánea en buen número de países. ¡Pero cuidado con generalizar!

Precisamente ante la presencia de este hecho del régimen de masas, es como mejor puede verse otro de los factores importantes del desequilibrio histórico: el producido por la existencia de ideologías inadecuadas a una determinada estructura real de la sociedad, por haber nacido, cabalmente, como adecuadas a otra estructura ya inexistente. La hueca palabrería gastada inútilmente en la defensa de la Democracia y el Liberalismo ha sido estéril porque —con contadas excepciones— no traducía un esfuerzo serio por resolver el problema de cómo es posible hacer funcionar sus ideas *esenciales*—flor del espíritu humano—dentro del “facto” del régimen de masas. Los observado-

res más agudos de esa deplorable actitud—y están fuera de toda sospecha—han mostrado claramente que uno de los elementos en el éxito expansivo del fascismo, se debe a que éste ha sabido aprovechar en su beneficio determinadas necesidades materiales y emocionales de los hombres en un régimen de masas. ¿Cómo es posible—tomando el ejemplo de un país vecino—que las ideas de un Jefferson o de un Hamilton puedan tener validez sin previo intento de adaptación y modificación, para una circunstancia real radicalmente diferente de aquella en que nacieron? Ahora bien, por haber insistido en el dramático ejemplo de la ideología democrática no se desvirtúe el pensamiento de estas observaciones, que señala simplemente como un factor de perturbación y crisis la existencia de ideologías inadecuadas a la realidad social de una circunstancia concreta, y que rige de igual manera tanto los fenómenos de pervivencia como los de invención. Vale, por eso, lo mismo tanto para las tendencias conservadoras como para las radicales. Así, en toda “restauración” jamás se restaura nada propiamente, porque es imposible reproducir en su identidad las circunstancias que pasaron definitivamente. De ahí se deriva la imposibilidad del tradicionalismo en su sentido estricto, y el que los más inocentes o sinceros nostálgicos del pasado sean siempre los primeros defraudados con las supuestas restauraciones. Y es que las ideologías no son sino mero conjunto de palabras vacías, cargadas de tendencias emocionales, cuando falla la referencia a la experiencia sensible de que son mero símbolo. Pero el hombre es un ser ideológico que se aferra a sus propios

NOTAS PARA UNA SOCIOLOGIA DE LAS CRISIS

símbolos, cuando ya éstos han perdido contacto con lo simbolizado. Mas así lo hace impelido por motivos irracionales. Por eso, el hombre moderno no es sólo víctima de su técnica y de su ciencia, sino de sus símbolos y abstracciones. La tiranía de las palabras es la más sutil, pero no la menos grave, de las que actualmente padecemos.

III

No es de extrañar, después de lo que ha sido indicado, que la observación de los factores de desequilibrio en el plano horizontal de la coexistencia de distintos grupos humanos en un determinado momento, sea mucho más escasa y con teorías menos elaboradas que en la dirección vertical del proceso histórico. Y esto cuando algunas ramas de la ciencia social, como la Etnología y la Historia primitiva, han puesto a nuestra disposición tan refinados instrumentos como los conceptos de contacto y difusión culturales. De tal modo, que disponiendo de detalladas investigaciones sobre los efectos del contacto cultural entre los pueblos primitivos o los mucho más perturbadores originados con la presencia del hombre blanco en las llamadas culturas inferiores, carecemos todavía de algo parecido que se refiera a los contactos entre pueblos de civilización superior. Quizá debido a la pretensión de estar colocados en idéntico plano cultural, lo que confunde matices y aun peculiaridades irreductibles. Pero es que el tratamiento más pulcro y objetivo de estas cuestiones está expuesto a ser recibido e interpretado como lo que en su

EL TRIMESTRE ECONOMICO

intención no es ni puede ser, como conteniendo juicios de valor, que despiertan recelos y hieren susceptibilidades y tendencias patrióticas, etc. Mas el hecho está ahí a pesar de todo, que es netamente formulado, es el de la diversidad en el ritmo histórico de los distintos grupos humanos co-existentes en un momento dado. Y de ese hecho deriva el de la difusión entre pueblos de distinta fisonomía, de instituciones, costumbres, valores y técnicas que son factor de desequilibrio en el pueblo receptor. Inevitable, además, dada la interdependencia creciente del mundo contemporáneo.

Piénsese—y pongo un ejemplo tópico—en los efectos de desequilibrio definitivamente aportados en las costumbres de ciertos pueblos por la exhibición de películas—más o menos censuradas—realizadas en otros de distinta tradición. Lo que ha significado el aire libre y el beso final de las películas norteamericanas en la unificación de la vida erótica contemporánea es incalculable. Hasta qué punto se diversificará de nuevo la vida moral con la autarquía económica, depende de las posibilidades de ésta. En todo caso, la autarquía tiene límites para las pequeñas potencias, que las harán dependientes del centro de difusión que buenamente les fuere dado escoger.

La difusión de costumbres, hábitos y valores es la más de las veces inconsciente y no voluntaria—cuando no es combatida con mayor o menor eficacia—; pero, en cambio, la de técnicas, ciencias e ideologías es voluntaria y buscada.

Los efectos de la adopción de descubrimientos cientí-

ficos son notorios y en cuanto al problema de su posibilidad, quedó expuesto lo esencial al comenzar este artículo.

En cambio, merecen mayor atención los resultados de la difusión de las técnicas inventadas en otros países. Porque, en efecto, se cree que es posible adaptar sin peligro para la fisonomía cultural de un pueblo el aparato tecnológico que otro ha creado, es decir, que de tal forma se puede gozar de las ventajas del progreso técnico sin perjuicio de las tradiciones que interesa conservar. Seméjante pretensión es imposible, no sólo porque el aparato técnico arrastra consigo su fundamento científico—necesario para su manejo y plena comprensión—y la actitud racional que lo origina, sino porque también va con él en forma imperceptible la peculiar concepción de la vida y del mundo a cuyo servicio estaba destinado. Por eso, detrás de la adopción de técnicas ajenas está latente siempre una revolución.

Imagínese, por consiguiente, lo que tendrían que ser ciertos retornos llevados a cabo con todo rigor. Por ejemplo, el de un pueblo que por no haber logrado en su seno el equilibrio entre los elementos de su tradición y los racionales del mundo moderno, pretendiese la vuelta integral a un momento de su historia, tal el siglo xv, con su catolicismo cerrado, como base de toda su cultura. Tendría que operar una separación del mundo circundante, que incluso en sus técnicas reprodujera la realidad de aquel siglo. Pero desde el momento que esto le sea imposible—como lo es, pues peligraría su existencia—y acepte y fomente la tecnología contemporánea, emprende vana

tarea de Sísifo, pues con ella introduce subrepticamente todos sus supuestos racionales, y con éstos de nuevo, y a plazo más o menos largo, el elemento "perturbador" que ha pretendido eliminar, como remedio fácil a su incapacidad creadora.

Respecto a la difusión de ideologías ha quedado dicho lo fundamental, pues viene encerrado en las anteriores observaciones sobre las mismas y sólo obligaría a una comprobación en el plano horizontal de la coexistencia de diversos grupos. Por eso, nos referimos tan sólo a una particularización, al valor ejemplar de determinados hechos y figuras históricas. Como en la adopción de ideologías nacidas en circunstancias que pueden ser radicalmente diferentes, la imitación atolondrada de hechos y figuras ejemplares, sin un análisis elemental de los datos concretos, aun los más visibles, cual la posición geográfica, la situación económica y la distancia en el tiempo, ha producido daños irreparables, crisis innecesarias.

Indicado antes el factor de desequilibrio contenido en el incremento total de población, corresponde ahora nuevo examen en el aspecto de su crecimiento diferencial. Las modificaciones de estructuras aportadas por este fenómeno a la sociedad contemporánea tienen extraordinaria importancia. Nos limitaremos, sin embargo, en este momento, a los efectos del crecimiento diferencial entre grupos. Si recordamos que en Europa se desplaza inexorablemente el potencial humano hacia sus países orientales, comprenderemos los desequilibrios de poder, que supuestos otros factores constantes, habrán de producirse

en su día, y cuya previsión ha determinado ya algunos fenómenos políticos contemporáneos. Cosa parecida significa la marcada desigualdad potencial entre Europa y Asia y tal vez en futuro mucho más remoto entre la América sajona y la latina. En realidad, los fenómenos de crecimiento diferencial no tendrían la importancia que asumen si no vinieran involucrados con otro factor que ya ha sido nombrado fatalmente: el del poder.

Asombra el que la ciencia social contemporánea haya concedido tan escasa atención al fenómeno del poder. Las manifestaciones de la voluntad de poderío en la sociedad y en la Historia con ser tan importantes, no han sido analizadas con el mismo cuidado que otros fenómenos sociales, que son, frente a aquél, secundarios. Es muy posible que el último libro de Bertrand Russell vuelva a poner las cosas en su punto. Desde luego, en el problema que venimos examinando es inconcebible que no se haya reconocido en todo instante como factor principal de las crisis históricas la pugna de poder entre los grupos nacionales. Seguramente se debe en su aspecto teórico al evolucionismo primero y al economismo después, dominantes en la ciencia social. Y en sus fundamentos reales, quizá al hecho de haberse producido todo ese pensamiento en el ámbito de una determinada "paz" imperial. Como las manifestaciones agudas de las pugnas nacionales por el poder no son cosa de todos los días, ha sido posible en largos espacios de tiempo mantener alejada la atención de ese hecho fundamental.

El fenómeno del poder es ante todo un hecho extra-

ño, pues no se concibe sin él la existencia de un grupo y no hay nada más perturbador para ese grupo que el hecho de su presencia. Además, el poder no existe sin una pretensión totalitaria e incondicionada, y no subsiste, sin embargo, sino por la aceptación de determinados límites. Con él tropieza en definitiva la Sociología el extremo de lo racional en la organización social.

El mismo límite a la racionalidad muestran los fenómenos de poder en la Historia. Ahora bien, las manifestaciones de la voluntad de poderío, positivas y negativas, no son difíciles de observar dentro de un grupo determinado. Pero cuesta algún trabajo reconocer la existencia de esa voluntad en grupos enteros. Y es así, porque no es fácil explicarlo. ¿En dónde reside propiamente esa voluntad? ¿Cómo se forma? ¿Por qué nace y se eclipsa en un mismo grupo en el transcurso de la Historia? No vamos a intentar resolver en este momento tales cuestiones. Nos basta con apuntar el hecho de su existencia, aceptándolo como un dato. Ahora bien, si existe el hecho de la voluntad de poderío en determinados grupos humanos, se manifestará también como pretensión totalitaria e incondicionada. Y así es en efecto. Por eso aparece hoy día como parcial e insuficiente la interpretación puramente económica del imperialismo, dominante en las últimas décadas. El Imperialismo no pretende sólo el monopolio económico, sino el político y el cultural. Cuando una forma Imperial logra madurez, aparece naturalmente como monopolio económico, pero es un error creer que en éste tiene la única raíz. También es natural que la lucha del Im-

perialismo naciente contra el Imperialismo amenazado se manifieste, en uno de sus aspectos, como un intento de destrucción de su monopolio económico. Cuando hoy día se dice que la ciencia quiebra el monopolio (*Wissenschaft bricht Monopol*), se apunta al aniquilamiento de un monopolio concreto, no sólo en su forma económica, sino política y cultural.

Ahora bien, la tremenda repercusión de las pugnas por la hegemonía está en que complica a los grupos más aparentemente alejados de los protagonistas auténticos. Y su irracionalidad se manifiesta en que el hombre miembro de uno de esos grupos pueda sufrir un buen día, casi de repente, en su carne y en su destino, las consecuencias de actos estratégicos de los que no tiene ni la más remota idea.

Por desgracia, estos hechos pueden ser fácilmente observados en nuestros días, pero no así algunas de sus causas. Estas residen, por una parte, en el hecho de que en los actos estratégicos en la defensa y ataque por la Hegemonía se utilicen, agravándolos, cuantos factores de desequilibrio existen en un momento dado. Y por otra, en que la lucha por el poder toma formas aparentes de lucha ideológica.

Este último fenómeno, es decir, el de las relaciones de la ideología con el poder, es bastante complejo y carecemos de una investigación a fondo sobre el mismo. Destaquemos a título de ensayo algunos de sus aspectos o manifestaciones. Ante todo, una ideología aparece como universal o relativamente universal cuando es la forma in-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

telectual de un Imperio, de un Monopolio, en el sentido total antes indicado. Segundo: determinadas ideologías se utilizan como instrumento de ascensión imperial. Tercero: en los momentos de pugna por el poder hegemónico, el estado confuso de las luchas ideológicas ha sido siempre aprovechado por el protagonista agresivo. Cuarto: los pueblos de segundo y tercer orden que rodean a los grandes protagonistas, entran en su órbita de satélites al sucumbir al cebo de las luchas ideológicas. Quinto: en los momentos decisivos de las luchas de potencia no existen afinidades ideológicas.

Esto, que parecen generalizaciones de la experiencia actual, puede, sin embargo, comprobarse en cualquier período de la Historia dominado por luchas Imperiales. Innecesario decir que no es posible emprender ahora esa comprobación. Pero pueden tomarse algunos ejemplos de uno de los fenómenos mejor conocidos: el de la ascensión y asentamiento del poderío inglés. La ideología liberal, en su forma política y económica, se generaliza con la expansión del Imperio británico. El liberalismo fué para los ingleses el mejor instrumento de triunfo en los años decisivos de su lucha. Por ejemplo, la total destrucción del Imperio español fué hecha explosivamente y desde dentro, merced a la propaganda de la ideología liberal, la cual paradójicamente estaba muy lejos de regir todavía en esos años la realidad política del pueblo propagandista. La confusión ideológica reinante en Europa, las pugnas entre liberales y dinásticos, facilitó en extremo el monopolio inglés. Recuérdese que en los momentos de la independen-

NOTAS PARA UNA SOCIOLOGIA DE LAS CRISIS

cia de la América Hispana, fueron silenciadas las pretensiones de fuertes intereses mercantiles de la Europa continental, que intentaban participar de las posibilidades de los mercados recién abiertos, en aras de la lealtad a los principios dinásticos que obligaban a permanecer al lado de la monarquía española.

Que el principio de libertad de pabellón servía para que el español fuera sustituido por el inglés y no por los de Argentina, Chile, Gran Colombia, etc., es cosa notoria.

Por último, cualquiera con un conocimiento somero de la Historia puede recordar que en la determinación de los factores de equilibrio en las épocas de paz y en la alineación de los beligerantes en los días de guerra, jamás han entrado consideraciones ideológicas sino necesidades de potencia.

Ahora bien, la incomprensible repetición del fenómeno es una muestra de su carácter irracional. Pues que los grupos víctimas, por ejemplo, lo son siempre ante un juego de factores sensiblemente parejo. Solo un análisis detenido de su circunstancia concreta podría haber evitado a esos pueblos su papel de sacrificados: pero no siempre han dispuesto de hombres de Estado en el preciso momento y la atracción ideológica es demasiado fuerte cuando se carece o no se fomenta conscientemente una auténtica capacidad creadora.

* * *

Como resumen de estas notas para una posible teoría de las crisis históricas, se subraya: primero, el carácter pluridimensional de las mismas, irreducible a una inter-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

pretación puramente lineal de la Historia; segundo, la confluencia de elementos racionales e irracionales—predominantes los primeros en la dirección vertical, y los segundos en la horizontal del proceso histórico—que dificulta extraordinariamente una previsión general; y tercero, la imposibilidad de deducir normas válidas de conducta fuera de la circunstancia concreta de un grupo determinado, lo que exige una fría y serena actitud racional, por desgracia infrecuente en las peripecias de la Historia.